

PEDRO GARFIAS: CONDENADO A POETA

LUIS SUAREZ



Pedro Garfias: Nacido en España, pero exiliado en México, el poeta no volvió a su país más que en los vuelos de su poesía.

EN la biblioteca de un hombre que hoy tiene sobre sus hombros aplicar la política exterior de México, el canciller don Santiago Roel, se encuentran numerosos papeles manuscritos, algunos aún inéditos, del que fue gran poeta de España en el exilio, Pedro Garfias. Con motivo de su viaje a España, precedido de otro hecho el año pasado cuando López Portillo era ya Presidente electo, pero sin que hubiera asumido todavía el gobierno, su secretario de Relaciones Exteriores ha hecho ante nosotros una evocación de Pedro Garfias.

El poeta, nacido en Salamanca, aunque criado en Sevilla y en otros ámbitos andaluces —y como andaluz él se tenía y todos lo consideraban—, falleció en la ciudad mexicana de Monterrey, capital del Estado de Nuevo León, el 9 de agosto de 1967. Y allí está enterrado. Sobre su tumba, y en la lápida que mandó hacer Santiago Roel, sólo dice: "Pedro Garfias, poeta". Estas tres palabras forman también el título del libro de Roel, cuya primera edición circuló multicopiada entre sus amigos. Una segunda edición formal está saliendo en estos días. Roel y algunos estudiantes mexicanos de literatura, que tomaron la vigorosa, aunque también dispersa obra de Garfias en lo referente a su creación mexicana, como base para sus tesis universitarias, son

indudablemente los grandes conocedores de ese regar poemas que tenía el artista conforme a su costumbre de redactarlos en cualquier momento sobre las servilletas y los menús de los bares o en las notas donde registraba los apuntes de las partidas de dominó.

Roel me ha dicho: "Pedro sembró lo que hoy se está cosechando y se cosechará mañana. Además de su gran poesía nos dejó a sus amigos, como un Sócrates redivivo, relatos inolvidables. Pero haría falta un crítico o un equipo de conocedores que investigaran y sistematizaran la obra de este poeta de España, que trajo a nuestras tierras, entre otros lúcidos españoles, la oleada de la derrota republicana, para dar a España y a México este legado que no puede perderse en la diáspora de la historia ni en la diáspora que era propia del poeta".

Parte de ella ha desfilado ante nuestros ojos en esas notas de manuscritos anárquicos, sobre papeles inadecuados, pero que estaban a mano. No obstante ser así, la tendencia racional de Garfias, volcada hacia la claridad de las ideas, que eran limpiadas al escribir y hablar, se advierte en las correcciones. Con muy pocas nos dejó de su puño y letra un "Concierto del cante flamenco", en 1940, una verdadera conferencia sobre el tema, en los años en que todavía su salud no estaba deteriorada por ese martirio que con la bebida iba imponiéndose poco a poco. En ese año, Garfias llegó a Monterrey y mantuvo amistad con Santiago Roel. Después vivió en otras partes de la República mexicana, a veces en la capital, siempre al calor de amigos, españoles y mexicanos, que lo acompañaban en sus largas madrugadas cuando de la confusión ambiental surgía el poema redondo sobre el papel ocasional. Hasta que regresó definitivamente a la industriosa ciudad del Norte. Pero en todas partes vivió períodos de soledad, más por él que por los demás, muchos ansiosos de la amistad de Garfias. Paciente fraternidad le tuvo en Monterrey el actual se-

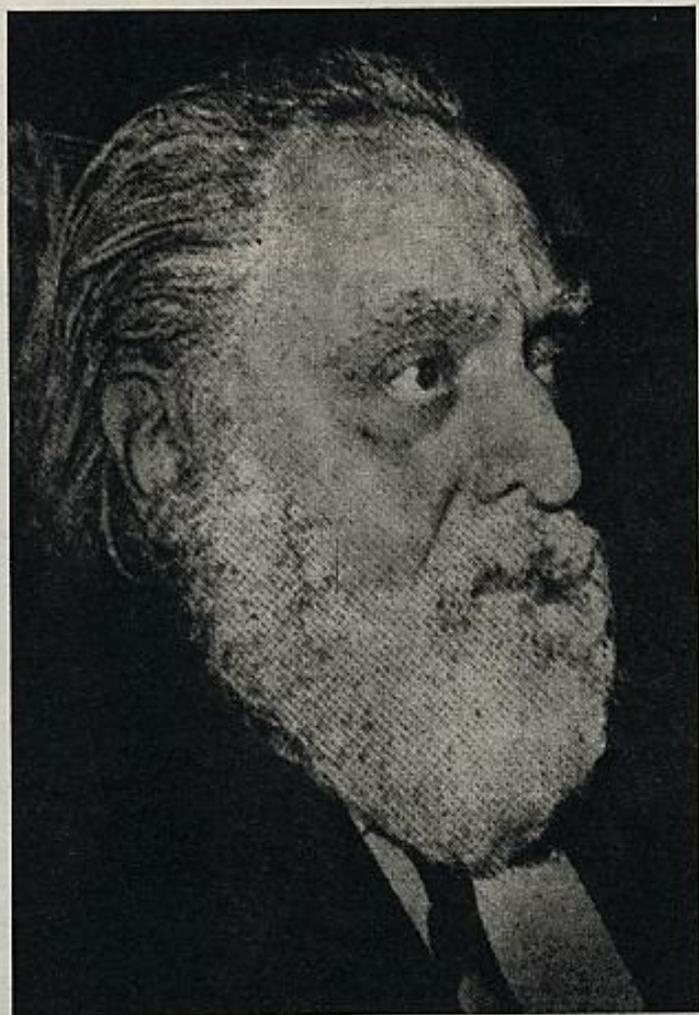
cretario de Relaciones de México, quien publicó su ensayo en vida del poeta.

En la segunda edición de "Pedro Garfias, poeta", Roel escribe: "Condenado a ser poeta, era un ser solitario por naturaleza. Cuántas veces lo encontramos elaborando un nuevo poema, hablando solo, rumiando palabras, componiendo a fuerza de repetir internamente los versos, solo...". El autor culpa sólo a Pedro Garfias del relativo desconocimiento en que estaba: "no quería dejarse conocer, o mejor dicho, le era igual que conocieran o desconocieran sus versos. A veces nos recitaba:

*"Solos, la noche y yo, con
[mis dos manos,
sacudo el tronco de feroz
[corteza,*

*hasta ver desprenderse de
[la copa,
tiernos luceros, pálidas es-
[trellas;
yo me sonrío con mi secre-
[to... dentro
de mil años, caerán sobre
[la tierra".*

Entre el material que se guarda en la biblioteca del canciller mexicano hay algunas piezas mucho más raras que los poemas brotados inesperadamente por doquier en el hablar de Pedro Garfias. Y son cartas de amor, dirigidas a una señora, María Aurora, a la que están dedicados también algunos versos. La discreción, mucho más necesaria en el ambiente recoleto de Monterrey, ha limitado este enamoramiento de Garfias en los círculos pequeños de la amistad. El poeta escribe una hermosa prosa intimista con desgarramientos personales y verdaderas ansias de amor. Comunista y ateo, Pedro escribe en una de esas cartas refiriéndose al papel que le será mensajero y depósito de sus sentimientos: "Aquí me dejas triste, vacío, solo, porque tú te llevas todo lo mío. Tu suerte es mi suerte, pero tú eres más



Pedro Garfias, en sus últimos días, con la barba de profeta.



Entierro del poeta, en la ciudad mexicana de Monterrey.

afortunado: siquiera la verás. Que Dios te acompañe". Y en una posdata, explica esta invocación del alto símbolo de la divinidad católica, a la que de otra manera no le reza: "He nombrado a Dios. Creo en él como Bécquer, cuando pienso en usted como buen reflejo de la divinidad. Su sola persona ya es un milagro. Sea usted infinitamente bondadosa y deme una limosna de su presencia esta noche. Se me ocurre una copla:

*'Llegó pobre y se fue rico,
un pobre llamó a tu puerta.
Le habías dado la limosna
de una miradita buena'.*

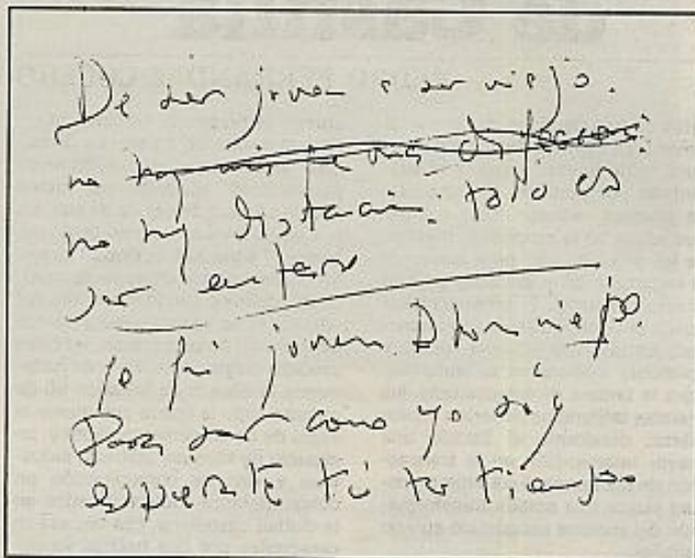
Hasta luego, M. A., si cree usted que mi amor, tan puro y desinteresado, se lo merece. Mando esta carta y, quedo solo, sin leer ni beber, pensando, soñando, cerca de su persona y estoy alegre".

Cuando el poeta ve, en su no correspondido amor, que esta situación puede ser causa de que el círculo de sus amigos, donde María Aurora figuraba, podía enrarecerse o disolverse a causa de su pasión, escribe a ella: "Lo único absurdo de todo esto es que aquella magnífica cordialidad que llegó a existir entre nosotros - Santiago (Roel), Horacio, usted y yo - se haya roto hasta el punto de que empiecen a aparecer discrepancias entre los que más unidos nos considerábamos. ¿Soy yo el origen de todas estas discordias? Me dolería que así fuera, pero estoy dispuesto a eliminarme y volver a mi soledad que únicamente vuestra compañía vino a poblar de horas santas".

Pero seguiría escribiendo a María Aurora también en verso:

*"Quiero verte de noche
cuando tu frente blanca
arde como una antorcha,
cuando tu boca ávida
pide estrellas y besos
y es mía la esperanza.
Todo esto, María Aurora,
es soledad gitana,
quejío solitario,*

Gloria, y otros amigos lo habían visitado en el hospital universitario de Monterrey. Pedro estaba enfermo de soriasis, una enfermedad de la piel que le reventaba por la cara, cubierta ésta con una espesa barba blanca de profeta. Apenas el matrimonio Roel llegó a su casa le avisaron



Manuscrito de un poema de Garfias.

*romance sin palabras.
Para tu vida quiero
llanuras soleadas,
medias noches con luna
nubes de dulces plantas,
vientos de voz suave,
flores de voz callada,
versos, músicas, trinos.*

*¡Ay noche de tu pelo
profunda y desolada!
¡Ay alba de tus manos
como palomas albas!*

El día que Pedro Garfias murió, Santiago Roel, su esposa,

desde el hospital que Garfias había fallecido. Nunca como entonces pudo decirse que un hombre no tenía donde caerse muerto. Pedro carecía de "ropa adecuada" para la última solemnidad. Roel, que a la sazón era director del Departamento Jurídico del Gobierno de Nuevo León, tomó un juego de ropa interior, una camisa y un traje propios. También un par de zapatos sin estrenar. Con ellos se formó la mortaja de Garfias. Cuando lo pusieron en el ataúd, no cabía: le sobraban los zapatos. Se los quita-

ron. Bajó a la tierra descalzo, lo que me hizo recordar, en otras circunstancias, y con directa intención, el gesto del presidente Luis Companys, que quiso morir descalzo, al ser fusilado en Montjuich, para no dejar de tocar el suelo amado. Roel guarda también estos zapatos que sólo tuvieron un estreno sin vida.

El sepelio de Garfias se efectuó en el panteón de El Carmen de la ciudad de Monterrey. Todo el costo lo cubrió el Gobierno del Estado por instrucciones del gobernador Eduardo Livas Villareal, y por medio de Santiago Roel.

No todos los papeles de Pedro Garfias, con ser muchos los que hay en esta biblioteca, se han encontrado. El más afortunado poseedor de ellos, hoy ministro de Relaciones de México, y ahora con la vibración de Garfias cuando pisa tierra española otra vez es "La balada de la cárcel del mundo", escrita en Guanajuato, capital de ese Estado en el centro del país, cuyas callejuelas y atmósfera los mexicanos gustan emparentar con Toledo y con Sevilla. En Guanajuato vivió también Pedro Garfias Zurita, nacido en Salamanca en 1901, perteneciente al grupo ultraísta de la poesía española, emparentado con los grandes poetas como García Lorca, Miguel Hernández, Antonio Machado, Rafael Alberti... Combatiente también, reencontrado en México y no vuelto a España más que en los vuelos de su poesía. Santiago Roel, que lo trató durante veinte años, recuerda cómo una mujer española, emigrada política, depositó un puñado de tierra, transportada un día desde España, sobre el ataúd de Garfias. El canciller, quien quizá lo hubiera llevado con él dentro de la flexibilidad de un viaje tan protocolario como el que realiza a España, nos dice: "Me imagino que a Pedro le hubiese dado gusto sentir que México y España se unían, como él lo cantó a bordo del 'Sinsia', el buque que lo llevó refugiado a México".

Entre los papeles inéditos saltan con gafas de ver la luz tres hojas donde el poeta exalta la amistad pura, como en este fragmento:

*"Yo he conocido a un árbol
que me quiere bien.
Jamás supe su nombre;
no se lo pregunté
y él nunca me lo dijo,
cuestión de timidez.
Nunca vio mi silueta.
Era ciego al nacer.
Por eso a mí me quiso
lo mismo que yo a él".*